

Científico: la profesión del futuro

JOSÉ S. CARRIÓN

CATEDRÁTICO DE EVOLUCIÓN VEGETAL DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

La ciencia tendrá su prevalencia porque depende de la creatividad y en su tarea final no podrá nunca ser realizada por una máquina



Desde luego, yo a esto no lo llamaría democracia. Me parece más bien un duopolio partidista que teatraliza sus diferencias mientras acuerda la esclerosis de la ley electoral, la aprobación de exenciones tributarias para los ricos y la contratación de servicios públicos a empresas privadas con enchufe. Una corporatocracia que hace de España un país insostenible, injusto e ineficaz, cuya consecuencia será que muchos hijos del 'baby boom' no cobraremos pensión de jubilación, mientras muchos nietos podrían tener que vivir en las antipodas.

Las últimas generaciones de políticos han operado como camellos del endeudamiento, utilizando la licencia de la tecnología digital para vulnerar libertades, manipular voluntades y hacernos adictos al consumo de productos innecesarios. Así que nuestro ánimo navega entre el cinismo, el recelo y el pesimismo. Resignados ante los acontecimientos, nos estamos aclimatando a una vida de silenciosa desesperación.

Propongo, pues, un ayuno de actualidad. Porque inclinando el futuro del lado de la catástrofe, olvidamos las bondades de la incertidumbre y las prerrogativas de la voluntad. Y porque hay otros mundos posibles más allá del gore orwelliano que habita nuestras mentes actualizadas a golpe de escándalo. Decía Eurípides en Medea: «Los dioses nos crean muchas sorpresas: lo esperado no se cumple y un dios abre la puerta a lo inesperado».

Sospecho que la profesión del futuro es la de científico. En primer lugar, porque los científicos son individuos preadaptados al mundo paranoide que nos ha tocado experimentar. La ciencia proporciona un modus vivendi inequívocamente proactivo. Los científicos profesionales saben que incluso el mejor de los proyectos al principio siempre tiene pinta de desastre. Un científico está entrenado para no desesperar mientras espera su oportunidad, también para reducir grandes problemas al nivel de módulos gestionables. La historia de la ciencia desvela igualmente que la raíz de todos los miedos colectivos ha sido siempre la ignorancia y que lo que al final importa son los hechos.

En un futuro de información general y global se necesitarán especialistas y ahí la ciencia tendrá su prevalencia porque depende de la creatividad y en su tarea final no podrá nunca ser realizada por una máquina. El trabajo del futuro será para los científicos porque el trabajo de un científico es fabricar futuro.

Lo que moverán los mercados del futuro será capital intelectual. En un planeta de creciente complejidad social y climáticamente impactado, habrá trabajo para aquellos que sean duchos en la gestión de las comunidades humanas, lo cual incluye tareas en la enseñanza, el periodismo, la conservación del medio ambiente y la gestión e innovación de fuentes de energía. Los descubrimientos venideros podrían permitir que vivamos acompañados de una representación gráfica propia (una especie de avatar) en un mundo tan conectado y transparente que la deshonestidad no tenga donde ocultarse. Es previsible una distribución heterogénea del capital humano científico-tecnológico, la existencia de clusters de creatividad donde la formación, la colaboración, el intercambio de conocimientos, la especialización y el reciclaje de habilidades constituyan las reglas del juego.

En un sentido más específico, yo diría que aquellos que trabajen en el terreno de las ciencias de la vida estarán bien remunerados. La biología está ya vinculando la nanociencia (donde operan las células) con la ciencia de la información (como operan los seres vivos). La investigación biomédica resolverá problemas monumentales: vacunas múltiples y baratas sin necesidad de transporte refrigerado, antibioterapia actualizable a diario, como con un software antivírico, a fin de combatir las nuevas infecciones producidas por superbacterias.

En un mundo contaminado, nos encontraremos aquí y allá con una población envejecida luchando

contra el cáncer y las enfermedades nerviosas degenerativas, pero las investigaciones con células madre embrionarias permitirán reparar un corazón infartado y habrá dispositivos capaces de eliminar un tumor o monitorizar las constantes vitales viajando por el interior del cuerpo. Finalmente, la genómica cambiará nuestros destinos. El genoma humano está en fase de traducción e interpretación.

Científicamente hablando, Papá Estado falleció hace tiempo. Somos motas de polvo en el torbellino del Cambio; sólo cabe fluir: comprender sin rabia ni resistencia que debemos diseñar bien nuestra carrera, que ningún trabajo estará asegurado de por vida, que hay que procurarse biografías profesionales de tipo carillón (con varias fases de máximo productivo en tareas diferentes), que habrá que trabajar más allá de los 70 años. Algunas libertades no están ni estarán al alcance de los Mercados.

Desde luego, los Mercados no crearán por sí solos la sociedad del conocimiento del siglo XXI, pero tampoco podrán detener su desarrollo. La ciencia devora fronteras y ningún científico vocacional se quedará mirando las estrellas si las condiciones locales hacen a su ciencia inhabitable. El conocimiento y la innovación son un bien público que algunas sociedades tendrán la sagacidad y el éxito de promover. Seré sincero: en la quimera donde se aloja un científico, no hacer nada nunca ha representado una opción posible.



ILUSTRACIÓN
MIKEL CASAL